



Introducción

Todo intento teórico de explicar la realidad humana tiene un presupuesto conceptual del ser humano. Igualmente, cuando se habla de crecimiento espiritual o de acompañamiento personal, se supone un modo determinado de articulación entre la persona y los valores espirituales, de relación entre dos personas y de encuentro entre Dios y el hombre concreto.

El acompañamiento no lo consideraremos aquí solamente como la relación entre el que acompaña y el acompañado, sino como la interrelación, a tres bandas, entre Dios, el acompañado y el acompañante. No podemos hablar en clave cristiana de la persona humana sin referirnos a su relación con Dios y tampoco se puede hablar de la acción de Dios en la persona sin tomar en consideración las leyes naturales que gobiernan al ser humano.

No es éste el lugar de analizar y contrastar los diferentes modelos teóricos antropológicos formulados en las diversas escuelas de psicología, nos limitaremos a presentar algunos conceptos de antropología de la vocación cristiana que nos ayuden a comprender

mejor nuestra vida, en función de un acompañamiento personal. Estos conceptos afectarán por igual a las dos personas implicadas en el acompañamiento.

¿Cuál es entonces el concepto de persona que nos sirve de base para entender mejor el acompañamiento y el crecimiento vocacional?. El punto de arranque es el concepto cristiano del

La persona es libre pero también frágil; está abierta al absoluto pero continuamente tentada por lo relativo.

ser humano explicitado plenamente en Jesucristo. Cristo es para nosotros la piedra angular, el valor objetivo. Ante El y desde El no podemos entender como fin de la vida del hombre la búsqueda de la satisfacción de sus instintos, ni podemos entender que su madurez se consiga únicamente cuando el individuo realiza sus propias potencialidades. Ignacio de Loyola expresa así el fin del hombre: *El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor y mediante esto salvar su ánima* (Ejercicios espirituales nº23).

No convencen del todo visiones del hombre excesivamente pesimistas a partir de las cuales la persona está determinada inexorablemente por

fuerzas interiores o exteriores, ni tampoco visiones idealistas demasiado ingenuas que proclaman la bondad absoluta del hombre. La persona, en principio, no es imperfecta ni perfecta, sino perfectible. La persona es libre pero también frágil; está abierta al absoluto pero continuamente tentada por lo relativo.

El ser humano es un ser transcendente por excelencia, no vive para sus instintos ni para autorrealizarse, sino para realizar valores. Ser humano significa orientarse hacia valores, hacia algo que está más allá del mismo ser humano y a través de lo cual encuentra el sentido de su propia existencia. La persona madura es la que logra salir de sí y realizarse en los valores escogidos y vividos. En la medida en que la persona sale de sí, renuncia a sus propias necesidades y sigue un valor que llena de sentido su vida, "porque si uno quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará" (Mc.8,35).

Realizando los valores autotranscendentes en la propia vida, viviendo desde Dios y para Dios, la persona encontrará como efecto su propia realización, su felicidad; ésta es consecuencia de la transcendencia no fin en sí misma.

El ser humano es un ser transcendente por excelencia, no vive para sus instintos ni para autorrealizarse, sino para realizar valores.

Esta visión motiva al ser humano a caminar: Le impulsa a no detenerse, a ir siempre un poco más allá acercándose a Cristo que es su camino, verdad y vida (Jn.14,6). El ideal de la persona está fuera de sí misma; es real, objetivo, capaz de atraerle siempre. Es Cristo. La persona puede avanzar hacia su encuentro, hacerlo suyo, descubrir que en su corazón hay algo que sintoniza muy íntimamente con El ya que ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, y en la medida que camina hacia su encuentro, la persona crece.

Junto a esta posibilidad de crecer que es lo más positivo, está también presente otra parte de la realidad: el individuo no solo está abierto al absoluto, sino que también está atraído por lo más relativo e inmediato; es frágil y limitado. Puede suceder, entonces, que el individuo no llegue jamás a ser plenamente sí mismo. La persona dividida, en conflicto dentro de sí misma, no puede transcederse porque gasta su energía principalmente en mantener unido lo que amenaza ruptura. Para realizar la aventura de la vocación cristiana y religiosa, es necesario que la persona viva con una suficiente paz interior. Solo la persona que se posee puede entregarse y ser más libre para seguir los valores que proclama. Ciertamente la gracia de Dios está

siempre actúa la naturaleza. Por el contrario, tiene transfigurada, su encarnación, la gracia.

Naturaleza, caridad, modo de yacer, liza, vamente, valor, tencia.

En la persona dad.

En la persona como el ins en el que se manifiestan las especies y a seguir en la en el

siempre presente, pero cuando Dios actúa, lo hace respetando las leyes de la naturaleza que El mismo ha creado. Por eso mismo, cuando la gracia de Dios actúa en una persona más consistente, es más eficaz porque la persona tiene menos resistencias para dejarse transformar por El. Su casa está sosegada, tranquila y por eso puede dedicar su energía en seguir las mociones de la gracia.

Nuestra intención con esta presentación inicial es, simplemente, clarificar de forma genérica el modelo antropológico subyacente: la persona se realiza cuando acepta objetivamente a Cristo como el valor principal de su existencia.

El acompañamiento: diálogo personal y encuentro en totalidad.

El acompañamiento, entendido como encuentro y diálogo personal, es el instrumento principal de formación en el crecimiento vocacional. Ayuda al que es acompañado a conocerse, a manifestar su interior -incluso en los aspectos más ocultos y problemáticos- y a superar temores y defensas para seguir más fielmente a Jesús. Le ayuda en la provocación del deseo de Dios, en el discernimiento vocacional y en la

integración de los aspectos psicológicos y espirituales.

También para el que acompaña, el acompañamiento constituye una verdadera y propia experiencia de formación personal y espiritual. Es una experiencia privilegiada que nos permite acercarnos a la historia que Dios va realizando en el otro, contemplar las etapas, localizar los rastros de la presencia de Dios descubriendo el sentido, la dirección que Dios le está imprimiendo. Es una auténtica experiencia

de Dios también como conocimiento propio, como individualización de las propias debilidades y pobrezas, como aceptación del otro.

En el camino de crecimiento de la persona se va a operar un cruce entre las dinámicas psicológicas y las espirituales. Hablar de camino significa realizar un crecimiento continuo hacia un más, el más de Dios. No es un crecimiento sólo en términos cuantitativos sino también y sobre todo cualitativo: llegar a ser cada vez más imagen de Dios.

Dios toma la iniciativa de dirigirse a nosotros a través de su Hijo y de esta iniciativa nace un diálogo. Y es precisamente este diálogo entre Dios y el hombre el que se convierte en el canal por el que corre el río de nuestra vida.

No se trata de un diálogo estático, sino de un diálogo que suscita un camino, un crecimiento: un camino que parte de la Palabra que el Padre nos dirige y que termina en el Padre mismo. Todo vuelve a Dios Padre a través del Hijo. El Hijo es guía y es imagen con la que somos llamados a identificarnos.

El diálogo abierto entre Dios y el hombre es un compromiso que incluye todas las dimensiones de su persona.

No es un diálogo sólo intelectual o emotivo, ni sólo cultural, sino un diálogo que reclama y pide la respuesta de parte de todo el hombre: implica toda la persona, todo y totalmente. Precisamente porque Dios se dirige a todo el hombre es posible hablar de integración entre dinámicas psicológicas y dinámicas espirituales. No es que las dinámicas psicológicas sean el factor determinante de la respuesta, que viene más bien de la libre adhesión del hombre a la llamada de Dios, pero sí son un factor condicionante para que la respuesta de fe sea más pura y más madura. Se está en el ámbito del más.

Así pues, un principio antropológico que tendremos en cuenta es el de la ley de la totalidad. La totalidad, como dimensión antropológica, se ha de entender en dos sentidos:

a) Ante todo en referencia a la persona. La maduración vocacional y de alguna forma el acompañamiento, como instrumento formativo, debe mirar *toda la persona*, cada aspecto de su individualidad, las intenciones o motivaciones profundas y los gestos exteriores; todas sus potencias y capacidades operativas: la afectividad, la inteligencia, la memoria, la voluntad, la imaginación, los sentidos, los deseos, el cuerpo, lo consciente y subconsciente... Todo idealmente debe ser objeto

de atención para que nazca de verdad el hombre nuevo, con coherencia y consistencia interior.

Y también, para que sea total, el acompañamiento debe abarcar todos los ámbitos de la vida cristiana y de la vida consagrada, facilitando la integración armónica de los diferentes aspectos.

b) Pero la totalidad se ha de entender también en otro sentido, con referencia a *toda la vida* de la persona. Precisamente porque implica una conversión radical de toda la persona, en la vida cristiana y en la vida religiosa, la exigencia de la formación no acaba nunca. Va desde la fase inicial de un proyecto de entrega a un modo teológico de interpretar la misma consagración; abarca toda la vida y cada dimen-

sión formativa, d psicológica y des apostólica. Toda l

Dirigimos n en el accomp tencial, bast atentamente sociales y r veces sin sa siones sobre mente emot más profun fuentes ener estructura d

sión formativa, desde la espiritual a la psicológica y desde la comunitaria a la apostólica. Toda la vida se convierte en

el escenario de la acción continua del Padre que no cesa de plasmar en nosotros la imagen del Hijo.

Dirigimos nuestra atención a algunas claves antropológicas implícitas en el acompañamiento. Partimos de un análisis fenomenológico, existencial, bastante genérico. Lo primero que constatamos al observar atentamente a la persona es, que es un ser con exigencias fisiológicas, sociales y racionales (*Tema 1*) que actúa a veces conscientemente y a veces sin saber porqué (*Tema 2*) y que puede funcionar en sus decisiones sobre una base racional de convicción o sobre una base solamente emotiva de atracción (*Tema 3*). Después pasaremos a un nivel más profundo descubriendo que el hombre está motivado por dos fuentes energéticas (*Tema 4*) cuyos contenidos están en relación con la estructura de su yo (*Tema 5*).

- Tema 1 -

Los tres niveles de la vida

El hombre puede vivir la relación con las cosas, consigo mismo, con los demás y con Dios, según tres diversos niveles de vida: psico-fisiológico, psico-social y racional-espiritual. Los tres niveles están interrelacionados entre sí en cualquier acto humano concreto. Normalmente uno de ellos puede prevalecer sobre los otros dos. Hay una cierta jerarquía desde el nivel psicofisiológico, más bajo, hacia el nivel racional-espiritual, el más alto y, dependiendo en cuál nos situemos tendremos una perspectiva diferente. A medida que vamos subiendo, el nivel precedente no queda descartado, sino integrado en un horizonte más amplio y significativo. En cada nivel, el elemento psíquico está siempre presente aunque en medida y calidad diversas. Podríamos llamarlos niveles de vida psíquica. Describiremos brevemente los tres niveles.

Nivel psicofisiológico.

En él se encuadran las actividades determinadas por el déficit o satisfac-

ción de algunas necesidades fisiológicas fundamentales del organismo como el hambre, la sed, el sueño o la salud. La motivación que regula este nivel es la satisfacción de estas necesidades. El objeto que satisface la tensión es específico, concreto y externo al individuo. El proceso biológico que se pone en marcha es determinístico y automático en su funcionamiento, busca la satisfacción inmediata y total. Responde al aquí y ahora.

Las preguntas continuas por la búsqueda de sentido y de la verdad no terminan nunca. En el origen de estas operaciones que llevan a la persona a preguntarse sobre su mismo preguntar, encontramos una tendencia de autotranscendencia.

En este primer nivel, la manera de percibir la realidad es fragmentaria y parcial. Todo se ve en función de la propia necesidad fisiológica. La lectura de la realidad se limita a lo visible, a lo físico, a lo útil. Es del todo subjetiva. La persona se define en este nivel en base al propio cuerpo, sus habilidades físicas y cualidades estéticas.

Algunos ejemplos de este primer nivel son: la búsqueda del agua para calmar la sed, la preocupación por la salud y la enfermedad, la atención al dolor que nos bloquea en el trabajo,

excitaciones y reacciones instintivas en nuestra sexualidad, etc.

Nivel psicosocial.

Comprende las actividades conectadas con la necesidad de desarrollar relaciones sociales: estar con otros, crear amistades, dar y recibir ayuda, formar parte de una comunidad, etc. La motivación más inmediata que empuja esta acción no es una situación de déficit fisiológico, sino la toma de conciencia de la propia limitación e insuficiencia como persona que le hace reconocer la necesidad que tiene de los demás. El objeto de satisfacción no es tan específico como en el primer nivel, ya que aquí están implicadas personas.

El modo de funcionamiento en este nivel también implica un cierto determinismo, no absoluto como en el precedente, sino relativo. Es un determinismo social por el que la persona busca un cierto tipo de relación gratificante o por el que brotará más o menos automáticamente una cierta respuesta, frente a determinados estímulos.

La percepción de la realidad está aquí marcada por la atención hacia las personas y, sobre todo, en función de una relación positiva hacia ellas y no tanto por su valor intrínseco. Aunque sea una visión en parte fragmentada y en sentido único, abre el horizonte

experiencial del individuo hacia la relación interpersonal, la convivencia y la preocupación por los demás. Los valores del grupo y la imagen de sí que uno va construyendo en la interacción con los demás, las relaciones de dentro y fuera de la comunidad, la relación con el superior/a o acompañante, son parte significativa del nivel psicosocial.

Un ejemplo de este segundo nivel es el alimento o la bebida que se ofrece como acogida o bienvenida a unos invitados, sin importar mucho qué y cuánto se come.

Nivel racional-espiritual.

Este tercer nivel tiene relación con la necesidad de conocer la verdad, formular conceptos abstractos y captar la naturaleza de las cosas en su complejidad y profundidad, más allá de los datos de los sentidos. El hombre puede abstraer, juzgar, conocer, transcender el *aquí y ahora* para afirmar y perseguir valores espirituales. No sólo forma conceptos inmateriales de cosas materiales sino que puede conocer también cosas abstractas como el concepto de virtud, bondad o justicia, y es capaz de captar y usar los símbolos y el lenguaje simbólico.

El motivo de esta actividad psíquica no está en un déficit biológico ni en

la conciencia de la sino en un deseo de resolver problemas como el conocimiento de la vida. La ir del primer nivel y, las actividades sociales tenemos en común, en cambio, la bondad es propia de la dadora vocación.

La satisfacción nivel nunca es plena más compleja y automática. El objeto se satisface no es tanto como en los otros. Las preguntas nuanas por la búsqueda sentido y de la ver terminan nunca. El origen de estas operaciones que llevan a la persona a preguntarse son: preguntar, encontramos autotranscendencia los límites de los hombres de los procesos materiales *espirituales*, sea para ir hacia el mundo altruista, a mí mismo, sea para obtener descubrir valores de la vida.

Podemos tomar este nivel el agua

la conciencia de la propia limitación, sino en un deseo-necesidad de saber, de resolver problemas fundamentales como el conocimiento de sí, del sentido de la vida. La inmediatez instintual del primer nivel y, al menos, parte de las actividades sociales del segundo, las tenemos en común con los animales, en cambio, la búsqueda de la verdad es propia del ser humano, su verdadera vocación.

La satisfacción a este nivel nunca es plena, es más compleja y menos automática. El objeto que se satisface no es concreto como en los otros niveles. Las preguntas continuas por la búsqueda de sentido y de la verdad no terminan nunca. En el origen de estas operaciones que llevan a la persona a preguntarse sobre su mismo preguntar, encontramos una tendencia de autotranscendencia. Se transcienden los límites de los hechos inmediatos y de los procesos materiales: son actividades *espirituales*. Y se transcienden sea para ir hacia el otro de modo realmente altruista, olvidándose de sí mismo, sea para obtener significados y descubrir valores que dan verdad a la vida.

Podemos tomar como ejemplos de este nivel el agua de la que habla el

poeta o el pan y el vino del sacramento de la eucaristía. Un trabajo intelectual intenso o una experiencia espiritual pueden motivar tanto a la persona que quedan relativizados aspectos sociales (quién trabaja conmigo o me acompaña) y aspectos fisiológicos (del cansancio, sueño o alimentos).

Algunas implicaciones para el acompañamiento.

Existe una integración jerárquica de los tres niveles pero pertenece a la libertad del hombre decidir a qué nivel quiere dar preponderancia o desde qué altura quiere interpretarse a sí mismo y al mundo.

Los tres niveles están intrínsecamente unidos en el acto humano concreto. La actuación de la persona ordinariamente contiene y revela los tres niveles, aunque en medida diversa. Puede ser que la persona que acompañamos acentúe uno de los tres niveles: por ejemplo, la enfermedad (I nivel) o un aspecto comunitario (II nivel) o la oración (III nivel), pero aunque se detenga más o sólo en un nivel, los otros dos estarán también implicados.

Hay un carácter simbólico encerrado en la misma actuación humana. Una sola realidad puede integrar en sí significados de los distintos niveles. El ejemplo más claro es el de la sexualidad. Podemos interpretarla desde la genitalidad (I nivel), desde la relación de afecto o de agresividad (II nivel) o

desde la referencia espiritual como amor cristiano o sacramento (III nivel). También podríamos aplicar los tres niveles de vida psíquica a los tres consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

Los tres niveles están implicando también tres clases de motivaciones en la persona. Será importante tenerlos en cuenta en el discernimiento personal, vocacional, comunitario y apostólico. Existe una integración jerárquica de los tres niveles pero pertenece a la libertad del hombre decidir a qué nivel quiere dar preponderancia o desde qué altura quiere interpretarse a sí mismo y al mundo. El nivel racional-espiritual que es, típica y exclusivamente humano y el que naturalmente debería tener el primado, puede ser puesto por la persona al servicio de los otros dos, en posición subordinada a ellos y distorsionada. La identidad personal dependerá también de este orden jerárquico que cada cual establezca.

Cuando esta integración jerárquica de los tres niveles no es fruto de una libre decisión, la persona se encuentra obligada a seguir una lógica de vida dictada por un ordenamiento casual de los tres niveles, impuesto por la presión de las necesidades más que querido por elección.

¿Cómo puede la persona dotada de una dimensión corporal, abierta a la re-

lación, capaz de pensar, integrar en sí misma estos diversos niveles?. La integración es posible pero no se hará sin conflicto. Un camino correcto buscará poner armónicamente juntas estas dimensiones sin exclusiones, sino con un punto preciso de referencia que dé orden y sentido al conjunto. Buscará un equilibrio entre los tres niveles presentes simultáneamente en todo nuestro actuar.

El equilibrio o armonía en la persona en su unidad somático-relacional-racional es exterior cuando se tiene en cuenta la relación entre los tres niveles. Un simple pensamiento o un acto de voluntad, por ejemplo, no serían posibles si el cuerpo no estuviese en condiciones mínimas de reposo o si no hubiese satisfecho determinadas necesidades fundamentales; y a la vez, ese mismo pensamiento o acto de voluntad estará en estrecha dependencia de aquél bienestar (o malestar) interno que se crea en nosotros gracias a una positiva (o negativa) relación social. También el estado fisiológico y la apertura social dependerán del modo de vivir el nivel racional-espiritual. Por ejemplo, la tranquilidad que deriva de haber resuelto problemas fundamentales.

Hay también un equilibrio interno, una armonía que hay que conseguir entre los elementos de un mismo nivel. Es un principio de totalidad que asegura el equilibrio interno: cada nivel tie-

ne exigencias que respecta, hay una integración en el cuerpo todo en la curación que miran coordinadas, vista de esas ciar a objetos

En el n principio d maduro que propia indi conciencia un conjunto

En el espiritual, e interno se establece la relación entre la salud. Por una necesidad de crecimiento y desarrollo, expresando mis posibilidades, por otra parte, una ve transcediendo

En el caso de reconocer la dependencia e impulsando el bienestar (o malestar) interno; más allá de mi persona, en la verdad (III)

ne exigencias y propiedades que hay que respetar. En el nivel fisiológico, si hay una infección en una parte del cuerpo todo el organismo contribuye en la curación. Hay unas leyes innatas que miran el bien del conjunto y que coordinan el trabajo de cada parte en vista de este fin, llevándolas a renunciar a objetivos parciales.

En el nivel psicosocial también el principio de totalidad pide al hombre maduro que equilibre el sentido de la propia individualidad personal con la conciencia de pertenecer a un conjunto de personas.

En el nivel racional-espíritual, el equilibrio interno se establece en la relación entre mi yo y la verdad. Por una parte mi necesidad de conocerme a mí mismo y mi lugar en la vida, expresando al máximo mis potencialidades intelectuales; y, por otra parte, la necesidad de conocer una verdad que está sobre mí, trascendiéndome a mí mismo.

En el concepto de totalidad se puede reconocer el sentido de una trascendencia en cada uno de los niveles, impulsándolos a ir *más allá*: más allá del bienestar físico de cada miembro (I nivel); más allá del bienestar social de mi persona (II nivel) y más allá de mi verdad (III nivel).

Si hay una jerarquía entre los tres niveles parece evidente que toque al tercero, el nivel racional-espíritual, la función de guía o de punto de referencia. Por éste, la persona va más allá de lo inmediato y más allá de las propias cualidades psíquicas, para definirse en base a un proyecto de vida libremente elegido cuya elaboración y prosecución es fuente de estima personal. El mismo criterio de totalidad que garantizaba el equilibrio interno de cada nivel, subordina los niveles inferiores al tercero; es decir, requiere que el bien

parcial de cada nivel sea puesto al servicio del bien total de la persona.

Esa renuncia implica una tensión, pero ésta no desgasta, es típica de la persona madura que mantiene una decisión por que le sirve para alcanzar un valor más grande.

Un ejemplo puede ayudarnos a comprender mejor la interacción de los tres niveles. Imaginemos un junior que un domingo por la mañana es invitado por un amigo a jugar su deporte preferido, el tenis. Siente necesidad física de hacerlo por estirar los músculos y mantenerse en forma (I nivel): necesidad de desarrollo físico. Al mismo tiempo siente deseos de estar con su gran amigo de la infancia (II nivel): necesidad de amistad, de diversión. Al mismo tiempo sabe que el lunes tiene un examen muy importante que debe preparar (III nivel): necesidad de conocer, de cumplir los compromisos contraídos.

El puede reaccionar y actuar directamente por lo que le pide el I nivel: *la mejor preparación para el examen es estar bien descansado*, e irse a jugar. Puede también moverse por el II nivel y pensar: *necesito la amistad, el apoyo de mi amigo* e igualmente ir a jugar. Por último, puede reaccionar según el III nivel: *siento ganas de jugar, pero hoy debo renunciar* y no va porque sabe que debe estudiar.

En este caso el joven religioso experimentó las llamadas de los diferentes niveles de sí mismo, pero tomó la decisión a partir del tercer nivel. Renunció a necesidades legítimas en función de un valor. Vivió una cierta experiencia de transcendencia. El mismo supo jerarquizar y escoger. Aunque se sienta de cerca la renuncia, la consecuencia más firme puede ser la sensación interior de satisfacción, bien sea por la fidelidad a mi compromiso de estudiar o más allá, por ser fiel a Dios en mi misión de estudiar. Esa renuncia implica una tensión, pero ésta no desgasta, es típica de la persona madura que mantiene una decisión porque le

sirve para alcanzar un valor más grande.

Otra cosa sería si hubiera dejado de jugar por miedo a suspender el examen y éste fuera el motivo principal y no tanto el de vivir un valor. La consecuencia de ello sería el sentimiento de frustración ya que él hubiera querido jugar pero en lo profundo siente que algo le quitó el derecho de divertirse. En realidad, su opción de no jugar estaría influenciada por el miedo. Esta diferencia es muy importante ya que aceptar pasivamente algo que no se puede cambiar pero que, emotivamente se está en contra, provoca una tensión desgastante de frustración, muy diversa de la tensión proveniente de la renuncia libre por vivir un valor.

Esta integración jerárquica de los tres niveles de vida psíquica no es imposible pero tampoco fácil. Necesitamos detenernos más en la persona para comprender la complejidad del ser humano que queremos acompañar. Es lo que haremos en los apartados siguientes.

I. A

1. Inter moti fisio fact
2. Busc soci gios ¿En crec
3. ¿Qué prefe
4. Traba

- La
- El F
- Jes
- El c

Lee a
tres
to o

5. Centri
mien
res/a
comi

6. ¿Cuál
para
cerni

I. AYUDAS PARA LA REFLEXIÓN.

1. Intenta encontrar ejemplos concretos en ti y en otras personas de motivaciones o comportamientos que pertenecen al I nivel psicofisiológico. Describe lo que pasa y analiza para percibir distintos factores implicados.
2. Busca ejemplos de funcionamiento en la esfera del II nivel psicosocial: personales, en relación con la familia, con la comunidad religiosa, con amigos, con la misión apostólica que cada uno tiene. ¿En qué medida este funcionamiento puede facilitar o dificultar el crecimiento vocacional?.
3. ¿Qué experiencias encuentras en ti y en tu comunidad de actuar preferentemente en base al III nivel racional-espiritual?.
4. Trabajo con textos bíblicos:
 - La multiplicación del pan, Mt 15,29-39.
 - El Padre misericordioso, Lc 15,11-32.
 - Jesús y la samaritana, Jn 4,1-45.
 - El ciego de Jericó, Lc 18,35-43.Lee algunos de los textos anteriores rastreando la presencia de los tres niveles de vida. ¿Aparecen claros? ¿Se presentan en conflicto o en integración entre ellos?.
5. Centrándose en el propio carisma, ¿es posible encontrar acontecimientos de la vida religiosa o apostólica, en santos o fundadores/as, en los que participen varios niveles a la vez? Compartir en comunidad las reflexiones personales.
6. ¿Cuáles son las implicaciones concretas de los tres niveles de vida para tu trabajo o misión, para tu inserción comunitaria y para el discernimiento vocacional?.

